

LA OVEJA BEA

Pedro Ruiz García
Ilustraciones de
Carolina Delamorclaz



LA OVEJA BEA

La oveja Bea vivía en un gran rebaño junto a cientos de ovejas. Las había de todos los colores y tamaños. Desde blancas y marrones hasta otras negras como el carbón. Desde pequeños corderos que contaban con pocos meses, hasta ancianas ovejas sin lana a punto de ser trasladadas al asilo «Oveja Cardada».

En la granja tenían todo lo que necesitaban: abrevaderos con abundante agua y comida, un techo donde protegerse tanto de las tormentas y del frío en invierno como del calor en verano...

El Hombre Bobo, que era como llamaban a quien cuidaba de ellas, les ofrecía todas las atenciones y no pasaba ni un solo día sin que saliera a pasear junto a ellas.

No había ni una oveja en el rebaño que no supiera que todos los hombres eran unos bonachones bienintencionados. Les quitaban la lana cuando hacía calor, les ordeñaban la leche que les sobraba después de amantar a sus crías y, luego, cuando enfermaban o envejecían, eran señaladas con pintura amarilla para ser trasladadas al asilo «Oveja cardada» para ovejas de la tercera edad.

«Todo el mundo sabe que las ovejas son el animal de compañía preferido de las personas. Adoran nuestra compañía», le habían repetido en multitud de ocasiones a la oveja Bea. Los animales adultos del rebaño explicaban de esta forma que nunca les faltara de nada.

Bea era soñadora y parlanchina. Alegre e inquieta. Con la cabeza llena de idas. Unas ocurrencias y otras disparatadas. Sin embargo, a pesar de todas las comodidades, soñaba con vivir libremente en una montaña de abundantes pastos donde disfrutar a su antojo. Ella odiaba tener que seguir el horario que les marcaban en el redil.

En cierta ocasión, se atrevió a comentar una de sus ocurrencias:

–Tal vez, las personas se beben la leche que nos ordeñan y se visten con la lana que nos esquilan.

Las otras la miraron como si fuera una chiflada sin remedio. ¡Menuda ocurrencia! En realidad, hacía tiempo que el resto del rebaño la consideraba un bicho raro debido a sus extravagantes ideas.

Era evidente que Bea no era como el resto de las ovejas. Y aunque sus descabelladas ideas habían conseguido que las demás rehuyeran de ella, pensaba que no había nada de malo en tener tus propias ideas. Ni siquiera que casi todas las ovejas le dieran de lado, ensombrecía su buen humor. Además, ¿para qué quería un gran número de dudosas amigas si contaba con Jerónima?

Jerónima no solo era una auténtica amiga: era su única amiga. Se trataba de una imponente oveja parda del norte, casi el doble de grande que Bea –que era una simple oveja merina de lo más corriente y moliente–. Debido a su tamaño y a unos problemas respiratorios que le venían de nacimiento, Jerónima era más lenta y se agotaba mucho antes que las otras.

En los paseos diarios, ambas ocupaban la cola del rebaño. Pero gracias a los ánimos de Bea, siempre conseguía aguantar el ritmo. Cuando Jerónima se sentía con fuerzas, las dos solían corretear juntas, separándose a menudo del grupo, saltando vallas, cruzando ríos... Hasta que algunos de los perros mordedores se acercaban amenazándolas. Entonces corrían como desesperadas con el grupo. Si no, sabían que les aguardaba uno de sus terribles bocados. Y todo por envidia. Pues los perros mordedores eran los segundos animales de compañía preferidos de los humanos bobos.

Cierto día, las dos amigas vieron un tronco caído y se retaron a cruzarlo. Bea marchaba primero y, en su afán por superarlo rápidamente, resbaló con tan mala suerte que al caer...

–¡Crac! –se escuchó un crujido seco.

A Bea le dolía una pata delantera a rabiar y, ni siquiera con la ayuda de Jerónima, conseguía ponerse en pie.

Comprendió que acababa de rompérsela.

El Hombre Bobo le entablilló el hueso herido y durante varias semanas le prestó todos los cuidados.

Bea pronto volvió a pasear con las demás ovejas, pero su pata ya no era la de antes. Ahora era Jerónima la que siempre se quedaba atrás en el grupo para animarla y conseguir que no se quedara rezagada.

A pesar de todos los esfuerzos, la pata de Bea no había cicatrizado bien. Después de tres meses ambas ovejas seguían retrasando al rebaño en cada paseo.

Un día las marcaron con pintura amarilla.

–Siento que te manden a «Oveja Cardada» por mi culpa –se disculpó Bea.

–Era cuestión de tiempo. Cada vez me canso más por el asma, y si no me han mandado antes era porque tú siempre estabas ahí animándome.

Al día siguiente, la furgoneta de la residencia para ovejas enfermas y de la tercera edad fue a recogerlas a primera hora. Otras seis ovejas les acompañaron en el viaje, pero eran mucho más viejas que ellas. Bea y Jerónima fueron las únicas que no se tumbaron durante el trayecto y vieron con nostalgia cómo dejaban atrás las montañas y los pastos.

Cuando la furgoneta se detuvo, Bea enseguida supo que algo andaba mal. El edificio que tenían delante no tenía ninguna pinta de asilo para ovejas enfermas o de la tercera edad. Se trataba de una nave industrial sin ventanas y con dos enormes chimeneas de las que salía un humo negro y espeso. En las inmediaciones no se apreciaban jardines, pastos o abrevaderos, ni siquiera alpacas de comida seca. Solo se

observaban media docena de furgonetas de las que iban bajando ovejas que eran conducidas por un pasillo de vallas metálicas hasta una puerta oscura.

A los pocos minutos les tocó el turno. Aunque Jerónima se mostraba más confiada, el temor en Bea iba creciendo a cada paso.

–Qué asilo más raro, ¿adónde llevará esa puerta? –preguntó Jerónima, que parecía empezar a preocuparse.

Bea no tuvo que cruzar la puerta para saberlo. Cuando vio la cara de pánico que se le puso a la oveja que acababa de entrar lo tuvo claro.

–Ya te dije que los humanos bobos no eran tan buenos como pensábamos –susurró y se quedó inmóvil, frenando a Jerónima y a toda la fila de ovejas que les seguían–. Se aprovechan de nuestra lana y de nuestra leche, y cuando ya no les somos útiles se sirven de nuestra carne.

–Pero... Eso no tiene ningún sentido –replicó Jerónima–. ¡Las ovejas somos los animales de compañía favoritos de los hombres!

–¡Cuentos de ovejas! –gritó Bea encorajinada–. Estoy segura de que si entramos ahí jamás saldremos con vida.

Jerónima iba valorando a marchas forzadas la posibilidad de que su amiga estuviera en lo cierto.

–De acuerdo, ¿pero cómo escaparemos? Esto está lleno de humanos bobos.

–Hay que saltar la valla.

–¡Estás loca! Debe tener dos metros de altura.

–Podemos hacerlo. Tú coge toda la velocidad que puedas.

Sin pensarlo dos veces, olvidándose de su pata mal curada, con la idea fija de que podía conseguirlo, Bea aprovechó el espacio que habían dejado las ovejas que iban delante para tomar carrerilla y saltar con todas sus energías.

Logró cruzar la valla con las patas delanteras y, con un último esfuerzo, se ayudó de las patas traseras para terminar de trepar y saltar al otro lado del cercado.

A pesar de ver que era posible, Jerónima no conseguía apartar la idea de que no lo iba a lograr. Saltó sin muchas esperanzas y aunque rozó el borde de la valla, cayó derrotada patas arriba.

Algunos humanos se habían dado cuenta de lo que ocurría y empezaron a correr hacia la oveja que intentaba huir.

Lejos de acobardarse, Bea embistió la valla con todas sus fuerzas y consiguió hacerla ceder más de medio metro. Este espacio fue suficiente para que Jerónima escapara.

Las dos empezaron a correr hacia las montañas que crecían a lo lejos. Algunos humanos trataron de detenerlas pero las ovejas aceleraron hacia ellos con determinación. Jerónima, grande y marrón, resultaba tan imponente como un búfalo, y los hombres comprendieron que lo más aconsejable era apartarse de su camino.

Ninguna de las dos se detuvo hasta que recorrieron un buen trecho montaña arriba y se vieron envueltas por árboles y profundos valles, a muchos kilómetros de las últimas granjas humanas.

El lugar parecía sacado de un cuento, con un río de aguas claras rodeado de abundantes pastos. En un saliente de la montaña descubrieron además una cueva bien resguardada, perfecta para descansar por las noches.

Bea y Jerónima estaban locas de alegría. En aquel sitio podían saltar entre las rocas, bañarse en el río y jugar libremente. Sin preocuparse de los mordiscos de los perros si se retrasaban, ni de que nadie pudiera marcarlas con pintura amarilla.

Pedro Ruiz García.



Ilustración: Carolina Delamorclaz